

Cómo Perú está poniendo en el centro de atención la agrobiodiversidad y a sus protectores

Mantener ese enfoque requerirá esfuerzos coordinados para crear sistemas de monitoreo y de incentivos

Historias con impacto



Illustration by Radhika Gupta



Tres años después del desarrollo de las Zonas de Agrobiodiversidad (ZABD) de Paymakis en Perú, Rita Parcco, agricultora y representante de esta zona, nos cuenta cómo la agricultura ha ido pasando poco a poco de la subsistencia a lo comercial, brindando un apoyo importante para las condiciones económicas de su comunidad. Al mismo tiempo, los esfuerzos por conservar la diversidad de papas nativas se han expandido. Parcco explica que, a través de un proceso de repatriación, más de 200 variedades de papa nativa han sido recientemente devueltas a su comunidad y a su ZABD.

Perú posee lecciones que ofrecer a otros países con respecto a la protección de la agrobiodiversidad. Partiendo de un fuerte enfoque en la conservación de la papa nativa, ¿cómo evolucionó el país hacia el reconocimiento legal de la agrobiodiversidad y los sistemas de conocimiento que la sostienen? Tras un proceso notable y un gran esfuerzo, la figura legal de las Zonas de Agrobiodiversidad (ZABD) cobró vida en 2016, teniendo sus orígenes en movimientos sociales que impulsaron a *“el reconocimiento de la lengua quechua, la atención a los pequeños agricultores y las preocupaciones por la pobreza junto con la riqueza biológica.”* *“Todo esto ya venía gestándose mucho antes del Convenio sobre la Diversidad Biológica en la década de 1990”*, según la Dra. Marleni Ramírez, investigadora de la Alianza de Bioversity International y el CIAT.

Las comunidades andinas y amazónicas han tejido colectivamente la estructura socio-ecológica y cultural del Perú durante miles de años, manteniendo una diversidad genética excepcional en la región: desde algunos de los cultivos más importantes del mundo —como la papa, el maíz, el tomate, el camote, la quinua y el ají— hasta animales domesticados ancestrales como la alpaca, la llama, la vicuña y el cuy.

Más allá de la conservación de la papa

“Trabajamos la tierra con *ayni* y *mink’a*. Preparamos chicha (una bebida tradicional), comida, y comemos en el campo. Al igual que mis padres y abuelos, seguimos nuestras costumbres. En mi tierra, primero ofrecemos *chicha*, luego comida, hojas de coca, licor, semillas y otros elementos como ofrendas a los *apus* (montañas o espíritus sagrados) y a la *pachamama* (la tierra), y rezamos para que la próxima temporada agrícola vaya bien”, explica Parcco. Los términos

ayni y *mink’a*, en quechua, se refieren a formas de ayuda mutua y sistemas de apoyo comunitario en los que las comunidades trabajan como una sola unidad en sus *chakras* (campos). Estas prácticas no son solo tradiciones, sino verdaderos sistemas de gobernanza, reciprocidad y cuidado del territorio que han sostenido la agrobiodiversidad a lo largo de generaciones. Son estos sistemas vivos los que, en última instancia, dieron base a las Zonas de Agrobiodiversidad del Perú.

Sin embargo, hoy en día estos sistemas no operan de manera aislada. Con mercados globales cada vez más interconectados y economías en transformación, las comunidades agrícolas enfrentan presiones crecientes que ponen en riesgo la diversidad de los cultivos y las variedades tradicionales, así como los conocimientos asociados a su conservación. El cambio climático empeora aún más esta situación, afectando la seguridad alimentaria

Zonas de Agrobiodiversidad

Según el Decreto Supremo N.º 020-2016 MINAGRI, las Zonas de Agrobiodiversidad se definen como áreas geográficamente delimitadas, caracterizadas por su riqueza en agrobiodiversidad nativa, cultural y ecológica. En estas áreas, los pueblos indígenas, a través de sus tradiciones culturales y en interacción con elementos biológicos, ambientales y socioeconómicos, desarrollan, gestionan y conservan los recursos genéticos de la agrobiodiversidad nativa tanto en sus campos agrícolas como en los ecosistemas circundantes. Hasta la fecha, el MINAGRI ha reconocido oficialmente 11 Zonas de Agrobiodiversidad, que abarcan aproximadamente 233,643 hectáreas, ubicadas principalmente en la región andina:

- Andenes de Cuyocuyo (Puno)
- Parque de la Papa (Cusco)
- Ccollasuyo (Cusco)
- Marcapata-Collana (Cusco)
- Pariahuanca (Junín)
- Paymakis (Apurímac)
- Circa (Apurímac)
- Andahuaylas (Apurímac)
- Laria (Huancavelica)
- Cotahuasi (Arequipa–Ayacucho)

mediante sequías, inundaciones y plagas, especialmente en comunidades remotas y aisladas. Ante la falta de acceso a opciones de respaldo —incluidas variedades locales—, cualquier impacto puede tener consecuencias graves, dificultando la recuperación de las comunidades frente a la escasez de alimentos.

En medio de este contexto de continuidad cultural y creciente vulnerabilidad, el reconocimiento de las ZABD adquiere especial importancia. A diferencia de las áreas protegidas tradicionales, estas son tierras que pertenecen y son gestionadas por las propias comunidades, explica Tulio Medina, especialista en recursos genéticos para la agrobiodiversidad y bioseguridad en el Ministerio del Ambiente. El reconocimiento oficial de las ZABD y de las comunidades que las sostienen las convierte en una figura única, especialmente en un país megadiverso como Perú.

La creación de las ZABD no solo reconoce la importancia de proteger la biodiversidad, sino también los mecanismos que la han sostenido a lo largo del tiempo: los conocimientos locales, la cultura, el acceso a la tierra y la soberanía alimentaria que permiten a las comunidades gestionar sus territorios plenamente. Como se mencionó en una entrevista tras el reconocimiento de las ZABD de Paymakis, el alcalde del distrito de Lambrama expresó su esperanza de que estas comunidades puedan recuperar sus conocimientos y su cultura ancestral en el futuro. Asimismo, confía en que este reconocimiento fortalezca las capacidades locales mediante planes bien estructurados. En la práctica, declarar ciertas zonas del Perú como ZABD no sólo visibiliza la diversidad genética de las especies cultivadas, sino que también reafirma las bases culturales, arraigadas en las comunidades, que han permitido que el país se convierta en un centro global de diversificación y domesticación de cultivos.

ZABD y derechos sobre la tierra

Manuel Ruiz, exdirector del Programa de Asuntos Internacionales y Biodiversidad de la Sociedad Peruana de Derecho Ambiental, y actual consultador para FAO, quien fue actor clave en el desarrollo de las ZABD, explica que desde 2016 estas han sido reconocidas formalmente mediante un decreto oficial, estableciéndose como una figura legal. Este reconocimiento implica también el cumplimiento de ciertos criterios por parte de las comunidades para ser designadas como ZABD.

¿De qué manera influyeron los temas de derecho sobre la

tierra tierra en este proceso? Medina señala: “Encontramos que casi el 99% de la propiedad comunal no estaba regularizada. Muchas comunidades no contaban con títulos de propiedad, o estos eran muy antiguos e imprecisos”. En este sentido, lo interpreta como un incentivo para la regularización y formalización de los derechos sobre la tierra, un requisito legal para acceder al estatus de ZABD. “La normativa terminó exigiendo que las comunidades demostraran que sus derechos de propiedad al menos estaban en proceso. Esa ha sido una de las principales barreras, y lo sigue siendo”.

Alejandro Argumedo, figura clave en la creación del Parque de la Papa, un modelo fundamental de espacio biocultural para la conservación de la papa que existe desde inicios de los años 2000, considera que formar parte de las ZABD no se trata únicamente de beneficios tangibles para las comunidades, sino también de una posible *“estrategia legal para contrarrestar actividades extractivas y promover una visión del patrimonio biocultural de las ZABD en otras comunidades”.*

Pero, ¿realmente las ZABD protegen las tierras y a las comunidades frente a actividades extractivas? La Dra. Natalia Estrada Carmona, de la Alianza Bioersity International y el CIAT, responde: *“Sí. Si se revisa el decreto, crea un marco legal vinculante. Las comunidades asumen el compromiso de conservar la agrobiodiversidad de manera indefinida”.* Manuel Ruiz además añade: *“Efectivamente, si se llevaran a cabo actividades extractivas dentro de la ZABD, se perdería ese estatus. Pero la normativa no contempla la protección frente a las actividades extractivas de terceros en zonas vecinas ni las medidas correctivas al respecto, lo que puede suponer un reto para las comunidades y la ZABD”.*

El éxito depende de generar incentivos adecuados

“Porque el reconocimiento por sí solo no es suficiente, y la manera en que los agricultores perciben los beneficios de estas zonas es absolutamente clave. Muchos agricultores en Zonas de Agrobiodiversidad ni siquiera saben qué son estas zonas o qué implican. Por ello, es fundamental fortalecer primero los mecanismos de gobernanza: sin una gobernanza funcional y sin incentivos, la designación sigue

siendo frágil y corre el riesgo de quedarse en lo simbólico en lugar de generar cambios reales”, según la Dra. Ramírez.

Abordar esta brecha requiere un mayor respaldo institucional, tal como una fuente estable de financiamiento. El Dr. Diego Sotomayor, profesor de la Universidad Nacional Agraria La Molina, quien contribuye al proceso de implementación de las ZABD, sostiene que una ley nacional de conservación de la agrobiodiversidad, con las ZABD como eje central, facilitaría la asignación de recursos públicos y daría estabilidad a los esfuerzos de conservación a largo plazo.

Poner en el centro a los agricultores ya era un elemento clave en las ZABD desde hace quince años. La Dra. Isabel López Noriega, de la Alianza de Bioersity International y el CIAT, quien participó en el proceso desde sus inicios, señala que en ese momento los expertos comprendían las consecuencias de los cambios drásticos, tanto económicos como ecológicos, en las comunidades agrícolas. En respuesta, la intención fue *“crear incentivos para los agricultores que estaban conservando esta diversidad, de modo que pudieran seguir haciéndolo”*. También reconocieron que *el desarrollo de figuras como las ZABD “atraería financiamiento, turismo y otorgaría a los agricultores reconocimiento como actores clave en la conservación de esta diversidad”*.

Como resultado de la creación de las ZABD, quienes las sostienen han accedido a nuevas plataformas de visibilidad e intercambio de conocimientos. La Sra. Parcco, quien además es presidenta del Comité de Gestión de las ZABD de Paymakis, compartió que ha viajado a Colombia y a Lima junto con miembros de su comunidad. A través de esta y otras experiencias, destaca el aprendizaje mutuo que se genera, más allá de las barreras del idioma: existe un intercambio que permite aprender de otras comunidades y, al mismo tiempo, compartir cómo funcionan las cosas en la suya.

Si bien estas oportunidades de aprendizaje son valiosas y ofrecen espacios importantes para el intercambio de conocimientos, el proceso de implementación de las ZABD también revela áreas donde se requiere un apoyo continuo y más específico para ayudar a las comunidades a enfrentar nuevos desafíos, como el manejo del ganado y la variabilidad climática. Parcco señala que en su comunidad les gustaría mejorar la producción de animales menores, como los cuyes y las gallinas. *“Además, en este momento no*

está lloviendo, y algunos cultivos ya se están dañando. Queremos más apoyo y que las autoridades vean lo que nos hace falta, que nos ayuden a mejorar, porque no sabemos cuánto tiempo más tendremos que pasar sin lluvia.” La Dra. Ramírez señala *“Ha habido reuniones, consultas, muchas expectativas, pero en la vida cotidiana todavía han cambiado pocas cosas. Los agricultores suelen pedir caminos, acceso a mercados, educación, cosas que los investigadores y los proyectos de conservación no pueden proporcionar directamente”*.

Parcco considera que las tierras en las que viven son productivas, pero para sostener sus medios de vida necesitan mejores viviendas, caminos y formas de gestionar sus semillas. Estos son factores clave, y también incentivos, para atraer a futuras generaciones que continúen con el cuidado de las ZABD. *“Mandé a mis hijos a estudiar a la ciudad. Ya no quieren trabajar en las chakras. Si hubiera mejoras en mi comunidad, especialmente en los caminos y en las condiciones de mi casa, estoy segura de que regresarían.”*

Según otros expertos, la satisfacción de los jóvenes debe ser una prioridad. *“Necesitamos que estos territorios sean atractivos para las futuras generaciones”*, comenta la Dra. Ramírez. Por su parte, la Dra. Estrada Carmona añade: *“La juventud puede impulsar la innovación, el monitoreo y el emprendimiento. Esta historia aún se está escribiendo, y debería escribirse con ellos”*.

¿Qué pueden aprender otros países de Perú?

La Dra. Ramírez destaca que el reconocimiento legal de las zonas bioculturales a nivel nacional puede servir de inspiración para otros países. Mientras que algunas naciones experimentan con modelos impulsados por instituciones internacionales, estos programas no siempre son apropiados ni financiados por los propios gobiernos. En ese sentido, el caso de Perú refleja un fuerte compromiso y apropiación del proceso a nivel nacional.

La creación de las ZABD fue un proceso altamente colaborativo y multidisciplinario, que involucró a agricultores, científicos y responsables de políticas públicas. Según Ruiz, este tipo de articulación es un requisito clave para escalar iniciativas de esta naturaleza.

Monitorear el éxito de estos procesos es igualmente fundamental para su adopción y adaptación. La Dra. Estrada Carmona explica que el monitoreo es complejo y requiere recursos que muchas veces son limitados. *“La diversidad genética está viva: cambia, se mueve, se intercambia a través de prácticas culturales y es activamente mantenida por las comunidades. No es como rastrear un jaguar con un collar; también incluye aspectos como la nutrición, la cultura, el bienestar y las funciones de los ecosistemas. Monitorear todo esto de manera integral es muy difícil, pero no imposible si se cuenta con suficiente apoyo, recursos y trabajo colaborativo”.*

De manera similar, para comunidades como la de Paymakis, la agrobiodiversidad va mucho más allá de cifras. Su vínculo con la tierra y la alimentación ofrece una lección frente al consumismo moderno, y una oportunidad para que los gobiernos replanteen las narrativas sobre el origen de los alimentos: en montañas que, para quienes saben cultivarlas, muchas veces se manifiestan como Apus o deidades.

Si bien Perú es el primer país en desarrollar Zonas de Agrobiodiversidad y ha puesto en el centro a quienes sostienen y transmiten estos conocimientos, el verdadero desafío será diseñar mecanismos concretos de incentivos que se mantengan en el tiempo. El éxito de la siguiente fase dependerá de consolidar este reconocimiento mediante marcos legales y de política pública que garanticen continuidad y un apoyo público coordinado. Contar con financiamiento suficiente, estable y orientado al fortalecimiento de capacidades—proveniente tanto de los gobiernos como del sector privado—, junto con una gobernanza estructurada, será clave para sostener y potenciar la relación entre las comunidades y la agrobiodiversidad.

Esta historia forma parte de una serie narrada relacionada con el [Índice de Agrobiodiversidad](#).

Texto escrito por Radhika Gupta, en colaboración con Silvia Martínez, Héctor Andrés López Mariaca, Roseline Remans, Natalia Estrada Carmona y Sarah Jones. Ilustraciones © Radhika Gupta.

En memoria de la Dra. Marleni Ramírez, cuyas contribuciones profesionales desempeñaron un papel clave en el avance de desarrollo de las zonas de agrobiodiversidad.